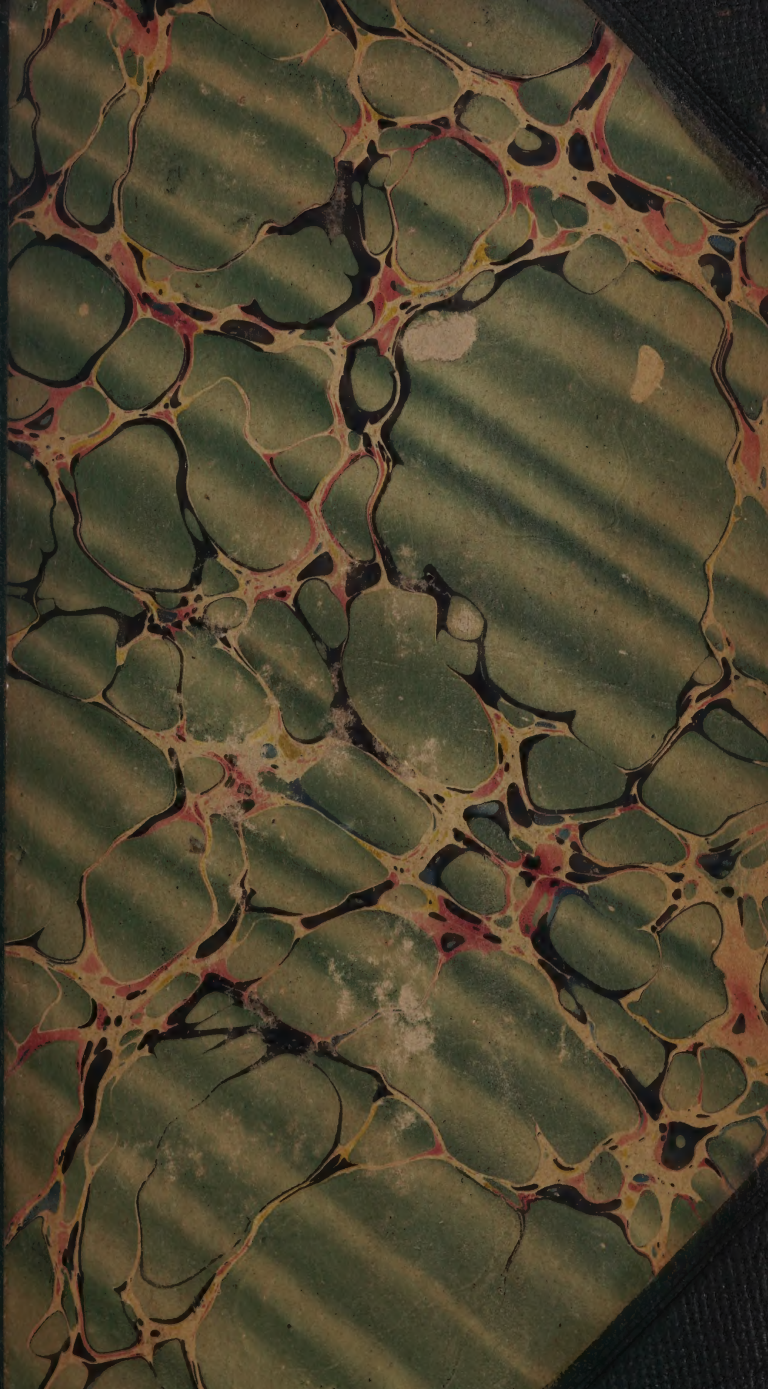
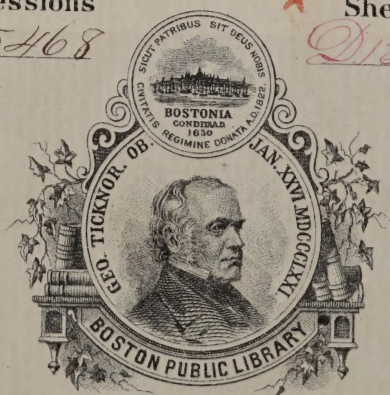


George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 115468

Shelf No. D157.2



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871

POESIAS.

POESIAS

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

SEGUNDA EDICION.

PUBLIC LIBRARY OF THE CITY OF BOSTON

MADRID:

IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1846.

C

D.157
.2

PUBLIC LIBRARY OF THE CITY OF BOSTON

115-468

EL EDITOR.

Sale por segunda vez á luz esta corta, pero preciosísima coleccion, de las composiciones poéticas publicadas por el malogrado Espronceda seis años há.

El autor de la obra, el autor del prólogo y el que dirigió la edicion hecha en el año de 1840, Espronceda, Villalta y Enrique Gil, tres amigos inseparables, tres nombres ilustres en la historia de las letras españolas, ¡se hallan ya reunidos en el seno de la eternidad!

Las dudas que ofrecia el testo viciado de algunas composiciones, no podian ya consultarse con el autor ni con el amigo que tuvo en su poder los borradores ú originales. Otro amigo del Sr. D. José Espronceda, el Sr. Hartzenbusch que le oyó leer un buen número de sus obras, ha querido encargarse de reparar en esta segunda impresion los defectos de la pri-

mera: sin embargo, una ausencia de algunos dias le ha impedido ver los últimos pliegos.

El Público apreciará sin duda los esfuerzos hechos por el editor para conseguir que la parte material de este libro corresponda no indignamente al mérito del gran poeta español de la época actual.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

Pocos libros se han publicado recientemente en España con menos necesidad de prólogo, que el de las elegantes poesías del Sr. DON JOSÉ DE ESPRONCEDA, que ahora sale á luz. Mientras, ausente el poeta, nos afanamos sus amigos en completar la coleccion, mas por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habria hecho su cooperacion dificilísima, animanos en nuestra halagüeña tarea la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo, y de verdadera importancia para la literatura española reunir en un solo cuerpo esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya en manuscritos, ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y en nuestros dias inaudito.

No se ofrecen, pues, al público, las poesías

de ESPRONCEDA con ánimo de esplorar su juicio, ni de merecer una sentencia favorable; que pronunciada ya, por unanimidad, hace muchos años, en el entusiasmo que las sublimes composiciones del *Pirata*, el *Mendigo*, el *Verdugo*, el *Himno al Sol* y otras muchas escitaran en los liceos y academias, en la prensa periódica de la capital y de las provincias, en los salones mas cultos y de mejor tono, así como en las turbas del pueblo, último y supremo juez, por mas que muchos lo ignoren ó lo nieguen, en materias de buen gusto; fuera impertinencia pedirle que ratificase un fallo nunca desmentido ni puesto en duda. Pero la misma benevolencia del juicio exije de los amigos del poeta que presenten al público todo el ramillete, ya que varias de las joyas y de las suavísimas flores que le componen, le han deleitado con su viva luz, con su dulce y delicado aroma, con sus espléndidos matices, ora ilustrando su mente, ora depurando sus afectos, ó reanimando la llama de sus virtudes.

No es de este lugar el exámen crítico de las poesías de ESPRONCEDA, ni convenientes nunca los esfuerzos que se dirigen á prevenir el juicio de los lectores. Y aunque así no opinásemos, todavia nos abstendríamos de entrar en calificaciones acerca de su mérito, pues de seguro no las necesitan. Los libros de los grandes ó de los inspirados escritores pueden presentarse sin esplicacion ni apología: cuando estas se intentan, llevan, por lo comun, la mira de demostrar que lo frio, lo vulgar ó insípido es bueno, y que debe leerse; á lo

cual suele responder el público, por evitar debates, que bueno será, pero que no lo lee. Imaginamos, empero, que aunque nos cumpla renunciar al análisis de los bellos cantos que á la par del público admiramos, no nos será ilícito emitir la opinion de que estan mas que ningunos otros que en nuestra lengua conozcamos, exentos de aquella inanicion de que adolecen las producciones de quienes no saben ó no sienten mas que sienten ó mas que saben los que las contemplan. Cada poema de ESPRONCEDA es una revelacion; cada estrofa un cuadro en que se retrata á la naturaleza con tanta verdad, que la vemos allí fecunda, viva y en movimiento, tal cual en el mundo ideal ó el físico la sentimos; descubriendo, ademas, bajo el pincel del artista, nuevas formas, y hermosuras y armonías nuevas, que por nosotros mismos jamás hubiéramos echado de ver. Todos los vivientes somos susceptibles de impresiones, y en nuestro pecho, es cierto, yacen los gérmenes de la inspiracion; pero el libro del poeta es el mágico espejo, adonde se descubren los arcanos y misterios profundos de la beatitud que á veces dulcifica el alma, del dolor que con mayor frecuencia la inunda. Profundo psicólogo nuestro autor, tomó las formas de la mística belleza del orbe; arrancó sus secretos al mas puro y recóndido sentir del espíritu humano; y en una lengua castiza, armoniosa, fácil, digna del alto asunto que esplicaba, describió los raptos del corazon, el vuelo de la fantasía, arrebatándonos consigo, ya hasta el cénit dorado desde donde apostrofa al sol.....

Vivido lanzas de tu frente el dia;
Y alma y vida del mundo,
Tu disco, en paz, magestuoso envia
Plácido ardor fecundo;
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.

ya á las remotas playas desde donde dirije á su patria el melancólico y tierno cantar que comienza así, y cuya inimitable uncion crece en cada estrofa:

¡Cuán solitaria la nacion que un dia,
Poblara inmensa gente!
¡La nacion cuyo imperio se estendia
Del ocaso al oriente!

Permítasenos antes de concluir esta brevísima introduccion, tributar el homenaje de nuestra gratitud al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia han contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo. El Sr. DON ALBERTO LISTA cuenta á ESPRONCEDA como á uno de sus mas aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo épico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazon, de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid junio de 1859.

José García de Villalta.

BIOGRAFIA

DE

DON JOSÉ ESPRONCEDA (1).

C

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo transformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorven antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creacion hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver como desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesia á escelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animacion su mente y donde le sustenta su imaginacion de fuego; asi cede el robusto roble al soplo de los vendabales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo mundo*: pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que mas la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á Don José Espronceda la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguia su padre la honrosa profesion de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la independencia co-

(1) Debemos á la amistad del Sr. D. Francisco de Paula Mellado la insercion de esta biografia que se halla en la Galería de la literatura española, publicada recientemente.

mo coronel de un regimiento de caballeria en la provincia de Estremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por vivísimos dolores en la villa de Almendralejo, donde dió á luz al que mas tarde habia de ser honra y prez de la poesia castellana: corria á la sazon el año de 1810 y era la estacion de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecia en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenia este algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de San Mateo. Discípulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigia á celebrar la jornada del 7 de Julio: enseñósela á su buen maestro: á cada verso que constaba, á cada imágen medianamente descrita, esclamaba Lista regocijado:—Oyes, ¡esto es magnífico! A cada locucion trivial, á cada frase impropia é incoherente, decia sin fruncir el ceño:—Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregia los defectos y animaba el naciente númen del vate: asi para llevar por un sendero á sus alumnos nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabia granjearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacian el oficio de espresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista despues de cerrado el colegio: tambien figuraba entre los que aplicándose poco, lucian mucho: miembro de la academia del *Mirto* progresaba en la poesia: con vocacion á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un jóven de 14 años, pertenecia á la sociedad de los *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salia de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residia á la sazon su padre.

Alli en la soledad del cláustro se enaltecia su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiracion vigorosa, no se detenia á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarian eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecia asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauracion de la monarquia de los Godos en pugna con la civilizacion floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma.

Ofrecia este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñas, la cruz y la media luna: cabian escelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por su independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sederia y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y *el descubrimiento del Nuevo Mundo.* Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la coleccion de sus poesias, nuestro voto le seria favorable; pues hay allí pasages que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del Rey Don Rodrigo.* A Don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunas octavas en los fragmentos contenidos. No habia renunciado Espronceda á terminar *El Pelayo*, y constantemente poseido de la belleza del asunto, es probable que al darle cima hubiera variado de metros á fin de amenizar mas el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la corte: bajo la recelosa mirada de la policía le amagaban persecuciones, y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no menos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer pais estrangero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó desde allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entonces. Por no eclipsar la brillantez de su relato reduciéndolo á mas estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Despues de echar el ancla en el puerto de Lisboa el desmantelado falucho que conducia al joven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasageros el pago de una gabela: cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componia todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero.*

Para el que al anochecer de un dia nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad estraña, sin pan que le sustente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vejetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazon resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance, congojoso y amargo para los que se anegan en poca agua. No pertenecia Espronceda á esta clase: pobre como Homero desembarcaba en el pais del cantor de Vasco de Gama: allí entre privaciones y escaseces tuvo orígen esa pasion amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasion embellecida por su imaginacion ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorve gran parte de su existencia. Propio de una novela seria narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores: omitiríamoslas nosotros aun cuando se adaptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la contínua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentian á la puerta de casa: por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Lóndres, cuyo suelo fué para todos mas hospitalario. Dividia el poeta estremeño las horas entre sus desvaríos amorosos y sus estudios: leia á Shakespeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no seria dificil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su pais acentos, no lánguidos y pobres de valentía como los de Martinez de la Rosa en ocasion semejante, sino bien sentidos y espresados á estilo del profeta de las lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nacion que habia dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendia el sol á su ocaso.

Tal vez en Lóndres gozaba Espronceda el periodo mas feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cruzaba despues el Canal de la Mancha fijando en Paris su residencia: entusiasta por la libertad de los pueblos se batia

en el puente de las Artes y detrás de las barricadas durante los tres dias de julio. Venia mas tarde entre aquel puñado de españoles que mas acá del Pirineo dieran estériles señales de bizarría, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heróicamente Don Joaquin de Pablo. Vuelto á Paris se inscribia en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heróica empresa contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflecsible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistía regresaba Espronceda al suelo patrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus gefes, sin duda hubiera sido uno de los mas pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó en mostrárselos al monarca: llamó éste al capitan del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuéllar reunió materiales y compuso una coleccion de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera línea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la promulgacion del Estatuto, se hizo Espronceda periodista; su altivo pensamiento no podia soportar el yugo de la prévia censura. Contábase entre los redactores del *Siglo*, de que era director Don Bernardino Nuñez Arenas, propietario el señor Faura y censor el señor Gonzalez Allende. Prohibidos por este los materiales destinados al número 14 del periódico mas caliente de entonces, no sabian los redactores como salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara *El Siglo en blanco*: asintieron todos sin dificultad á la propuesta y al dia siguiente se repartia su diario con los epígrafes de: *La amnistía.—Política interior.—Carta de Don Miguel y Don Manuel María Ha-*

zaña en defensa de su honor y patriotismo.—Sobre cortes.—Cancion á la muerte de Don Joaquin de Pablo (Chapalangarra). De resultas fué vedada la publicacion del Siglo, y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de órden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza mayor de esta corte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener por pocas horas el fuego que habia cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Setiembre, que forzosamente habia de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores de que era teniente. Sonaba su voz en el jurado, defendiendo un artículo del *Huracan* denunciado por aquellos dias. Del modo mas esplícito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temia que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados y esclamaba: «Yo bien sé que despues de violentas borrascas »quedan insectos sobre la tierra que corrompen la atmósfera »con su fétido aliento.» Justificando aquel trastorno y recalcando la precision que habia de variar de rumbo, decia: «Hasta ahora ha visto la nacion que sus representantes se »han arrojado sobre ella para devorarla como una horda de »cosacos.» Creia que si todos se persuadieran de la escelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habria que *fusilar á la humanidad entera*. Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del Huracan fué absuelto.

Por el mes de diciembre de 1841 se dirigia á el Haya á desempeñar la secretaría de la legacion española: regresaba poco despues á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaida su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, habia sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fria Holanda en lo mas crudo del invierno.

Bien conocian sus admiradores que no cubririan canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamacion en la garganta, espiró á los cuatro dias de enfermedad á las 9 de la mañana del 23 de mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensacion causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguia el ataud del poeta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo Don Enrique Gil conmovia á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de númen potente, de entonacion robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del mas férvido entusiasmo amaba los peligros y se esparcia su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibiades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la edad media hubiera merecido la ínclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio de la edad moderna le hubiera visto Cristóbal Colon á borde de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fé religiosa el siglo de Espronceda, siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo en fin de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cáuce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseido inmensos caudales fuera el *Don Juan Tenorio* del siglo diez y nueve.

Una de las canciones mas celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el *mar por patria*. Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando en chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó el muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos desciende la noche ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya

aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el resplandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcan preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de magestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos lo revelaba la cancion de Espronceda: muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Occéano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasion de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la cancion del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco*; lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del jóven griego de la hija del apóstata*: sus delirios de socialista en *el Mendigo* y en *el Verdugo*: en el *Himno al sol* su elevacion de ideas: cuando canta *A un Lucero* llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgía* se dirige á *Jarifa* el hastio le devora: cuando compone *El estudiante de Salamanca* dibuja en Don Felix de Montemar su propio retrato. Con leer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un esacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en *el Español* dos fragmentos de una leyenda *El Templario*: en *el Pensamiento* un romance á *Laura*: en *el Iris* estrofas de una oda á la *traslacion de las cenizas de Napoleon* y un fragmento de *El diablo mundo*, titulado *El ángel y el poeta*: en *El Labriego* una composicion al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en gefe de las tropas de Isabel II escribió su celebre manifiesto sobre la cureña de un cañon en el Mas de las Matas, no se avenian los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no desperdiciaban momento de maquinar contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las cortes de 1840 eligieron por cam-

po de batalla la discusion de actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algun proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesion del 23 de febrero hervia la multitud á las puertas del Congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infantería en el solar de las monjas de Pinto: pedia la palabra Don Joaquin Maria Lopez, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras* y á *llamar las cosas por sus verdaderos nombres*, estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte esterior del edificio: se refugiaba el gefe político de Madrid al salon de columnas. Continuando la sesion aseguraba el gabinete que habia adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algun diputado replicaba, *todavia no oigo el estampido de los cañones*: uno de los alcaldes constitucionales se sonreia con calma sin moverse de su escaño, y se hacia de nuevas tal individuo que habia intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salon de las sesiones tan pobre farsa, ocurrian escenas mas tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta corte, les invitaba al órden hablándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano.—Respetad la ley, hijos.—Vd. es el que ha de respetar al pueblo,—le decia alguno.—Orden, señores, repetia el gobernador de la plaza.—¡Miren quien proclama el órden! reponia otro, el segundo de Bessieres.—Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones contestaba el general: —Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo á la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella.—Con la misma lealtad servirá vd. esta causa que la otra.—Tan escandaloso diálogo no se podia prolongar mas tiempo. A la llegada del capitan general empezaban á llover piedras sobre la tropa: aquel gefe declaró á Madrid en estado de sitio al son de trompetas: como el pueblo no despejase la Plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre: salváronse con la fuga todos, menos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pié firme y cayó al suelo sin vida.

Al dia siguiente fué tambien la sesion borrascosa: hubo otras parecidas antes y despues de constituirse el Congreso con motivo de la discusion de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitan general de Castilla la Nueva, y debia presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el dia dos de Mayo. Entonces iba á rebentar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la esplosion fuera mas terrible y espantosa compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describia con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo de la córte de Cárlos IV vendida á los franceses, como se creia en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como la reconoce la historia. Para significar el esfuezo de España en la lucha de la independencia decia arrebatado por su inspiracion vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.

Tronaba despues fieramente indignado, por el triste galardon otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.

Aludia á la segunda época constitucional, y bramando de ira esclamaba con solemne acento:

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su ausilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses: ni omitia señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo; sus palabras eran estas:

Hoy esa raza degradada, espúria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca tambien por renovar tu injuria
De estrangeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venia el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo impeliéndole al combate; asi concluia su inspiracion volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorar como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien mi corazon estalle.

Esta composicion espresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formacion el capitan general de Castilla la Nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oidas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron siete cantos del *Diablo mundo*: segun el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronára su obra, grandioso engendro de una imaginacion fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte esponia su pensamiento en el primer canto:

Nada menos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Tras de que vá la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda queria alfombrarla de flores, por eso prometia desenvolver su asunto.

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo;
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe con cuerpo de hombre y alma de niño debia pasar por situaciones altamente originales entre las diversas gerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una muger del pueblo bajo, instruido por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija: ansioso por restituirla á la existencia, *Adan* es un personaje de interés sumo. Esactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un pais de filósofos y pensadores. Espronceda habia intercalado un canto *A Teresa;* segun su espresion propia puede saltarlo el que guste, pues, es un desahogo de su corazon y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastío. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo mundo.* Espronceda lo leia de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del parlamento. Verdad es que ya no tenia fuerzas físicas y solo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario balbuciente y mal seguro, y solo por intervalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladin muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacia aun mas interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazon, centro de generosidad y nobleza pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño pervertia á los que se doblaban á su vasallaje. Hacia gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemia desolado y afligido por el cólera-morbo, se metia en casas agenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caida en un lodazal donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos, desde entonces luce de contínuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

Antonio Ferrer del Rio.

ENSAYO ÉPICO.

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO.*

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:

* Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han estraviado la mayor parte de los manuscritos, y solo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfia de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, rüina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III.

Al blando son de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia espira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Do la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo rio.

IV.

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva:
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V.

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro labio de encarnada rosa:
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdeñosa,
Que mas que todas es cándida y linda
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI.

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar al deleite llama;
Su pecho inunda deleitoso encanto

Y el fuego impuro del amor le inflama:
Ébrio Rodrigo, desceñido el manto,
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII.

Todo es placer: de su mansion de rosa
La primavera cándida desciende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende:
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

VIII.

Abre la flor naciente el lindo seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del mayo:
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solícito besándola al soslayo;
Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX.

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeño abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tejiendo;
Cuál á la márgen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cuál del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X.

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda;
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡infeliz! su mísera querella;
La ve humilde á su pies, la ve mas linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI.

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en antes transparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,

Ministro del Señor del universo;
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso,
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII.

Súbito un trueno retumbar se siente:
«¡Himnos, vivas al Rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mútuo amor que nuestras almas liga.»
Tal grita aquella juventud demente,
Y al Rey ensalza que Jehová castiga.
«¡Himnos, vivas al Rey!» Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus alas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

XIV.

Todo despareció: lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardia,
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacia.
Guerra y desolacion el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV.

¡Maldicion, maldicion! Yertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,
El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XVI.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,

Rebosó de ira cáudaloso rio;
Y el Rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO.

I.

....

.....

Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacia el Rey, apena interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impía,
La aterradora vista al Rey clavada,
Su cetro y su corona recogia,
Mientras en torno estraña gente armada
Sus despojos alegre dividia:
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y al ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y á él llegarse
Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió, que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando alli tremendo sobrescrito
Que le marcara por de Dios maldito.

IV.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas

Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó tambien por mofa en su agonía
Bárbaras carcajadas de alegría.

V.

Mas luego el sueño se trocó en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando mas su corazon consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazon le hiela:
Procura desasirse y mas le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
Así fiero dragon trilingüe punta
Vibra y se enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta,
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con mas ahinco los levanta,
Los vé volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas, y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta:
Siente el robusto brazo que porfia
Aun por ahogarle; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

.....

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgulloso torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consume antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;
Al labrador sus mieses arrebata;
Pavoroso terror las gentes hiela;
La vírgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó: lució ya el dia
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia:

Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

.....

VI.

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
Do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
¡Oh cara patria! y se prepara en vano
Rodrigo de su ejército á la frente,
Que los vicios de un Rey vician su gente.

VII.

Despareció del godo la osadía
Y el antiguo valor: las armas ora,
Noble ejercicio de su esfuerzo un dia,
Cansado blande y los deleites llora,
Mientras la enseña de la luna impía
Tremolan á los aires vencedora
Los que el mundo, beligeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de oro y perlas en su frente:
La régia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
¡Mísero! en vano el corazon alienta;
No vé sobre él ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
Y en su fértil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:

Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire vá tendida la bandera,
La trompa agita el sonoroso viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitas se miran.

X.

La noche el cielo en su sombroso manto
Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de las vigías se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido
Dejaba el golfo del rosado oriente,
Y el rayo, de su disco despedido
Doraba de Jerez la alzada frente:
Quiebra entre tanto morrïon bruñido,
Dardo mortal y arnes resplandeciente
Su luz, y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La estensa vega de Jerez coronan
El uno y otro ejército fronteros:
Guerra las trompas hórridas pregonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
Los rios su curso con pavor reprimen,
Y los montes al son medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guia
Ligera entre sus fuertes escuadrones:
Radiante en vano su corona envia
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
¡Cuán otro rige ya de aquel que un dia
Toledo vió entre nobles campeones,
Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos!

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazon anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo

Muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo troton con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV.

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil, y ansioso
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso:
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansia animoso:
Párase en tanto el Rey, alza la frente,
Y así en guerrera voz grita á su gente.

.....

XVI.

Entretanto el clarín súbito suena
En nuestro campo, y fiera corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste que al ruido en ronco son responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
La nuestra se adelanta; el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros pies retiembla y brama.

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El ímpetu, las voces, el estruendo
Tornan en son confuso á redoblarse;
El acero saltando centellea,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle: al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnes al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada:
No mas veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estrellan
Con golpes reciamente redoblados,
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,

Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados;
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recio rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con ímpetu violento
Rompe la cárcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan:
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
Cruzados hierros mil contino erizan:
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el dia en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate: altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguija su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Teudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolacion, muerte, rüina
Su alfange en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le vé: su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las hijadas bate,

Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda:
Vuelve el árabe á Sancho, el troton para,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,
Sobre el arzon el cuerpo amenazante,
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Sereno el rostro, en ademan forzudo
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI.

No mas pronto entre humo y fuego y trueno
Rayo veloz del cielo se desata;
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebata;
Ni montaraz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracan, ni catarata
De ondisonante rio, ni lava ardiente
Su arranque asemejaran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan; la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,
La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lanza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

«¡Maldicion sobre tí!» grítale el moro
Y ya su alfange en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte á Sancho el arnes y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrísono estremece,
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera;
El roto escudo impávido levanta

Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada.
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI.

Crece entonces el ímpetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano escita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita?
¡Oh Sancho! yo si dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apenas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aún con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía.

.....
.....
.....

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste ¡oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria,
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo.—
Al eco torna del clarin que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora para tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño;

XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,

Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galan jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
El fragor lejos del pasado estruendo:
El campo en son confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan,
Las rotas armas, y el vigor reparan.

.....

.....

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas y presto del asiento
Cercano á la del Rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pie y armado reluciente brilla.
«Con esta, dijo en varonil acento,
y de la vaina alzó media cuchilla;
Al punto aqui castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX.

«¿Tregua? Jamás! ó vencimiento ó muerte;
Que nunca fatigó, ni impuso miedo

Continua guerra al corazon del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL.

Dijo, y fuego su vista derramada
En torno de nosotros despedia:
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenia;
Y en su ademan y vívida mirada
Al genio de la noche parecia
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral rüina.

XLI.

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron:
Con muestra humilde y plácido semblante,
Cuando á la voz del Rey todos callaron,
Opas el labio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vence los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.»

XLIII.

«Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria;
Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.»

XLIV.

«Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado

Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
Gefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena,
Y su ardimiento generoso enfrena.»

XLV.

Llegaba aquí cuando en redor se estiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El Rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento,
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

«No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que, menos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde,
Yo desconozca mísero y cobarde.»

XLVII.

«Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,
Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guia?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada?»

XLVIII.

«Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Luego decid si galardon merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.»

XLIX.

«Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso sí, para despues mas fiero

Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide solo de reposo un dia,
Y os promete despues nueva osadía.»

L.

«Un dia solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhumana
Y el sonoro clarin los aires hienda:
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana
Tu heróica hueste y su furor suspenda,
Y vosotros ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI.

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrísono el averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazon malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos tambien con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta entonces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,
Y humildes gracias al empíreo asiento
Un virgen coro armónico levanta,
Y «hossana, hossana,» sonoroso canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo,

Resuena solo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocado el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesus divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guia
En pos la augusta ceremonia pia.

LVI.

Las tiendas cercan y el glorioso acento
se siente al eco resonar süave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan y al muro magestuosos giran
¡Míseros! ¡ay! y júbilo respiran.

LVII.

El campo todo venturoso rie:
Allí la virgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engrie
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrie
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en el campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro,
Y fiesta y triunfo y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

.....

....

Un alcazar de pórfido luciente
Junto al famoso Bétis se levanta,
Dó la riqueza y esplendor de oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadron en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
Aromática estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con majestad sustenta:
Torbos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita
La corte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita
Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste,
Y oculta á otros la cristiana injuria,
Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero

Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorrumpe, de callar cansado.

V.

«Aldaimon, Aldaimon ¿á dónde el brio
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones míseras aterra?
Maldiga Alá la paz que da al impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.»

VI.

«Arma tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII.

Dijo y rugando la ceñuda frente
.....
.....

VIII.

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo cual tú tambien el ansia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese Rey, que con insulto nuevo
Mi corazon escita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde tambien doblo el castigo.»

IX.

«Vé, Soliman: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulman apenas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y celoso del Rey se abrasa en ira.»

X.

Con grata muestra entonces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano
Inclinando la faz, las manos llevan:
Luego un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente para.

XI.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel dia,
Que estendió la agarena monarquía.

XII.

«Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;

Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se estiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina
....
....

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

.....

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

II.

Allí cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala,
Quemada en pipa de ambar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientra en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su labio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves ondas á perderse sube.

III.

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptüosa se reclina,

Y en sus ojos amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son süave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII.

Sonríe acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

.....

.....

CUADRO DEL HAMBRE.

IX.

.....

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía:
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confia,
Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

X.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,

Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

XI.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion: triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cuál mordiendo en sí mismo en ansia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XII.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Ávidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro crê que á los demas se esconde.

XIII.

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

XIV.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun dia:
Ora las aves de rapiña ahuyenta
Ávido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XV.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Vé feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento

Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corba garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XVI.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hombre le aprieta á cada instante;
El ave mas profundizar ansía,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

.....

.....

FRAGMENTO SESTO.

I.

.....

Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbión se desgajaba;
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,
Del orbe la honda base estremecia.

II.

Todo era horror, y en la comun tristeza
Único asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imagen de Jesus postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

Léjos de todos solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazon le oprime,
El noble gefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pensar doliente,
Apenas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados,
El anciano á sus pies tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,

Su diestra el rostro lánguido sostiene;
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan solo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V.

«Noble anciano, esclamé, dura es la muerte.
Cuando se acerca inevitable y lenta,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes mas bien el infortunio aumenta.
Mas ¿quién resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo, desmayado alienta?»
Dije y en tanto el mísero gemia,
Y con endeble voz me respondia.

VI.

«Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve
La causa de mis lágrimas: ¡dichoso
Tú mil veces, oh jóven, que harto breve
Será tu padecer y harto glorioso,
Por mas que en tí con ímpetu se cebe
La cólera del hado rigoroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.»

VII.

«Mísero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inútil viejo, de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confio,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

VIII.

Mi corazon de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron:
Su grave rostro del dolor marcado
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanecia,
Pálido aun con magestad lucia.

IX.

«Teudis, le dije, el ánimo sustenta:
Álzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta

Esfuércese á la voz de la batalla.»
«¡Oh jóven! respondió: dime, ¿qué intenta
Tu inestinguible ardor? ¿qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigó:
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse,
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse
Se vió la llama de su antiguo brío:
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba.

.....

.....

XI.

Entretanto en el templo amontonados
Hombres, mugeres, niños se veian,
Y flaco el rostro pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecian:
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucian:
A par del trueno el huracan bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entonces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
«¡Noble esperanza del cristiano bando,
Esclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Muramos, sí; pero con digna muerte.»

XIII.

«Si es fuerza perecer como valientes,
Perezcamos al pie del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes:
La paz, la sumision nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¿Preferireis al trance duro,
Que á cierta gloria y á venganza guia,
Tan dilatada y mísera agonía?»

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentian,
Que aun no apagado el generoso aliento

Ni el entusiasmo bélico tenian:
Todos al punto luego en movimiento
Mi voz en derredor solo atendian.
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV.

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Proteje ¡oh bravos! el intento mio:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brío;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío.»
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracan y el trueno.

XVII.

Entre las densas sombras temerosos
En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ansia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulman llegamos:
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate,
De miedo el pecho y de esperanza late.

.....

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor y arremetida
Fulmínase á nosotros agolpada:
En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estrellada.
Torna al asalto y dobla la pelea:
El tercio ibero resistiendo ondea.

XIX.

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;
Cuál hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuenta,

El arma destinada al enemigo;
Este, si descargar el golpe intenta,
Por alto precipicio da consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la imprevista punta.

XX.

Cuál allí solo contra mil pelea,
Y al frente y al redor hiere y maltrata;
Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebata.
Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.
.....
.....

POESIAS LIRICAS.

SERENATA.

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores;

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
En cantilena amorosa:
«Yo te adoro.»

En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,

En tu ilusion embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro

Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento:
«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,

Y allí esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado.

Que en fragancia deleitosa
Vuela tambien á la diosa
Que enamoro,

El eco grato que suena,
Oyendo mi cantinela:
«Yo te adoro.»

Del fondo del pecho mio
Vuela á tí suspiro tierno
Con mi acento:

En él, mi Elisa, te envio
El fuego de amor eterno,
Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De tí imploro

Que le escuches con ternura,
Y le oirás como murmura:
«Yo te adoro.»

Despierta y el lecho deja;
No prive el sueño tirano
De tu risa

A Delio, que está á tu reja
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;

Sal, que gentil enramada
Dice á tu puerta enlazada:
«Yo te adoro.»

Londres: 1828.

A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creeis que basta el vellos
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos quereis;
Si tanto ingeñio teneis
Que entreteneis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
Al primero:
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero;
Y con doloso
Sortilegio en tu prision
Entró un tercer corazon:
Viste á tus pies tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
Ó ya hablabas
De amor, ó dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
Á un tiempo los tres galanes,
Sin saberlo tú, leian
Que mentian
Tus afanes.

Ellos de tí se burlaban;
Tú reias;
Ellos á tí te engañaban,
Y tú, mintiendo, creias
Que te amaban:
Decid, ¿quién aquí engañó?
¿Quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos tus galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú fallidos
Tus afanes. (1)

(1) Estos versos componen una cancion que el autor puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada, Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar.

A LA NOCHE.

ROMANCE.

Salve, ó tú, noche serena,
Que el mundo velas augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo lejos
Mas acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,

Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido
Del mar las olas murmuran,
Y fátuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El magestüoso rio
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y aun las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbra,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pura.

Deslízase manso el rio,
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,

Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza.

El ruiseñor á su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algun caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entre-clarear la luna.

Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudan,
Y las hojas que los quiebran,
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa süave
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña

Eco sonoro modula
Algun lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algun murmullo se juntan
Tal vez, haciendo mas grata
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en tí su consuelo buscan.

EL PESCADOR.

Pescadorcita mia,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,
Cual nunca enamorado
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,
Y calla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
Tambien en calma está:
A mi batel desciende,
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles
El ámbar y las mieles
Que vierten, libaré.

La mar adentro irémos,
En mi batel cantando
Al son del viento blando
Amores y placer;
Regalaréte entonces
Mil varios pececillos,
Que al verte simplecillos
De tí se harán prender.

De conchas y corales
Y nácar á tu frente
Guirnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;
Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En tí, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,

Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;
  Y silfidas y ondinas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

  Ven ¡ay! á mi barquilla:
Completa mi fortuna:
Naciente ya la luna
Refleja al ancho mar:
  Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa;
Ven ¡ay! mi dulce Elisa,
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA.

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(*A tale of the times of old.*)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada:
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con ímpetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira de Osïan resonó un dia
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste

Su acento de dolor, lánguido y dulce
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando «guerra,»
Al rumor del torrente parecia,
Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual, muda la ribera,
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osïan? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
Ó en el collado gira allá en la noche
Vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el rüido,
Si el alta copa del ciprés inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal cubierto
De innoble musgo y yerba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.

¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Dó de Caril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Móina desconsolada?
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar: tiernos se amaron:
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Oscar, de negros ojos: en las paces
Dulce su corazon como los rayos
Del astro bello precursor del dia;
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguia
La muerte que vibraba su pujanza.
Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traia,
Y su Malvina hermosa,
Tierno llanto vertiendo, le decia:
«¿Dónde marchas, Oscar? Sobre las rocas,
Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No mas fatigaré, vibrando el arco,
Por el monte las fieras,
Ni á tí cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oiré ya mas la voz de tus amores,

Ni mi alma estará nunca gozosa.
«¿En dónde está mi Oscar?» á los guerreros
Preguntaré anhelante;
Y ellos pasando junto á mí ligeros
Responderán: «¡Murió!» Dice, y espira
En sollozos su acento, mas süave
Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna
En solitario bosque y escondido.
«Destierra ese temor, Malvina mia,»
Oscar responde con fingido aliento,
«Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso tambien; mas tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina
Himnos el bardo á eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás, y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso
Allá en la noche fria
Bajaré á tu mansion: verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría.»
Y dice, y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina:
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del estenso campo
Brillar se ven sus armas cual radiante,

Rápida exhalacion. Yace en silencio
El campamento todo,
Y solo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura
Y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envia
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida,
Pardo vellon de nube la arrebata,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
Asi á veces Oscar brilla y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él á cenizas reducido.
«Levántate Cairvar;» Oscar le grita;
«Cual hórrida tormenta
Eres tú de temer; mas yo no tiemblo:
Desprecio tu arrogancia y osadía:
La lanza apresta y el escudo embraza;
Álzate pues, que Oscar te desafia.»
Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nube
La turbulenta mar de espanto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.
«¿Quién osa del valiente,»
En voz tronante grita,

«Ora turbar el sueño? ¿y quién irrita
La cólera á Cairvar armipotente?»
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirrolladas olas,»
Oscar de negros ojos le responde,
.....
.....
Hará ceder tu indómita pujanza.»
Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetuoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.
Chispea el hierro, la armadura suena:
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su son dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza,
Y su insolente orgullo y aspereza.
Mas ¡ay! que moribundo
Oscar yace tambien: ¡triste Malvina!
Aun no los bellos ojos apartaste
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
Y del último adios aun no enjugaste

Las lágrimas hermosas,
Tú mas dulce á tu Oscar que las sabrosas
Auras de la mañana.
Siempre sola estarás: si entre las selvas
Pirámide de hielo
Reverbera á la luna;
En tu ilusion dichosa
Figurarás tu amante,
Pensando ver su cota fulgorosa:
Pasará tu delirio,
Y verterás el llanto de amargura
Sola y desconsolada:::::
«¡Ay! Oscar pereció!» gemirá el viento
Al romper la alborada,
Y al ocultar el sol la sombra oscura
De la noche callada.

AL SOL.

HIMNO.

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y estático ante tí me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas á tí sus alas guia.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á tí llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera tambien su ardor á mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaria,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,

Mirando sin cesar, los fijaria.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te via
Y en contemplar tu luz me embebecia!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Occeano,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el dia,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz magestuoso envia
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde alli tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,

Y el ya pasado dia
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen,
Y al furor de Aquilon desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreias,
Y á otros mundos en paz resplandecias.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse

En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Occeano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientra inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inestinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que tambien la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un dia
Con doble resplandor esclarecia!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso dia
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad tambien descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego

Envuelto para siempre y sepultado;
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

CANCIONES.

LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
Duerme el pastor venturoso:—
En su lecho suntüoso
Se agita insomne el señor.

Se agita; mas ¡ay! reposa
Al fin en su patrio suelo;
No llora en mísero duelo
La libertad que perdió:
Los campos vé que á su infancia

Horas dieron de contento,
Su oido halaga el acento
Del pais donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son.
Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar:
Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima estraño respiro,
Y amo á un estraño tambien.
No hallan mis ojos mi patria;
Humo han sido mis amores;

Nadie calma mis dolores,
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar?... no puedo,
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
Supe amar correspondida;
Despreciada, aborrecida,
¿No sabré tambien odiar?

¡Adios, patria! ¡adios, amores!
La infeliz Zoraida ahora
Solo venganzas implora,
Ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
La sumisa enamorada;
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir. (1)

(1) Esta cancion tambien se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantin:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar rïela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitan pirata,
Cantando alegre en la popa,

Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul. (1)

«Navega, velero mio,
Sin temor,
Que ni enemigo navio,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.»

«Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.»

«Que es mi barco mi tesoro,
»Que es mi Dios la libertad,
»Mi ley la fuerza y el viento,
»Mi única patria la mar.»

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos Reyes

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

Por un palmo mas de tierra:
Que yo tengo aquí por mio
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.»

«Y no hay playa,
Sea cual quiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.»

«Que es mi barco mi tesoro....

»A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Como vira y se previene
A todo trapo á escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.»

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Solo quiero

Por riqueza
La belleza
Sin rival.»

«Que es mi barco mi tesoro....

»¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me rio:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.»

«Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.»

»Que es mi barco mi tesoro....

»Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,

Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.»

«Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

«Que es mi barco mi tesoro,
»Que es mi Dios la libertad,
»Mi ley la fuerza y el viento,
»Mi única patria la mar.»

EL CANTO DEL COSACO.

Donde sienta mi caballo los pies
no vuelve á nacer yerba.

Palabras de Atila.

CORO.

«¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
»La Europa os brinda espléndido botin:
»Sangrienta charca sus campiñas sean,
»De los grajos su ejército festin.»

¡Hurra! á caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, á combatir volad:
¿Veis esas tierras fértiles? las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí:
Son sus hembras celestes serafines,

Su sol alumbra un cielo de zafir.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y ese sol;
Son sus soldados menos que mujeres,
Sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus pies.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes
Cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! volad! á hartar nuestros deseos:
Las mas hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

Desgarrarémos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su racion;
En sangre empaparémos nuestra ropa
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando

Régias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

Venid, volad, guerreros del desierto,
Como nubes en negra confusion,
Todos suelto el bridon, el ojo incierto,
Todos atropellándoos en monton.
Id en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebata el huracan,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñados van.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad;
Un sol mas puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tibre sus bridones,
Yerta á sus pies la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse

Visiones mil que el parabien nos dan?
Escudo de esas míseras naciones
Era ese muro que abatido fué;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

¿Quién en dolor trocó sus alegrias?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin á sus gloriosos dias?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! gloria al mas valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta racion de carne cruda
Bajo la silla sentireis hervir.
Y allá despues en templos suntüosos,
Sirviéndonos de mesa algun altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan.
»¡Hurra, cosacos del desierto....

Y nuestras madres nos verán triunfantes,

Y á esa caduca Europa á nuestros pies,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
Las coronas de Europa heredarán,
Y á conquistar tambien otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.

«¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
»La Europa os brinda espléndido botin:
»Sangrienta charca sus campiñas sean,
»De los grajos su ejército festin.»

EL MENDIGO.

«Mio es el mundo: como el aire libre,
»Otros trabajan porque coma yo;
»Todos se ablandan si doliente pido
»Una limosna por amor de Dios.»

El palacio, la cabaña
Son mi asilo,
Si del ábrego el furor
Troncha el roble en la montaña,
Ó que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y á la hoguera
Me hacen lado
Los pastores
Con amor,

Y sin pena
Y descuidado
De su cena
Ceno yo.
Ó en la rica
Chimenea,
Que recrea
Con su olor,
Me regalo
Codicioso
Del banquete
Suntüoso
Con las sobras
De un señor.

Y me digo: el viento brama,
Caiga furioso turbion;
Que al son que cruje de la seca leña.
Libre me duermo sin rencor ni amor.
«Mio es el mundo: como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
Y por todos
A Dios ruego con fervor;
De villanos y señores
Yo recibo los favores
Sin estima y sin amor.

Ni pregunto
Quiénes sean,
Ni me obligo
A agradecer;
Que mis rezos
Si desean,
Dar limosna
Es un deber.
Y es pecado
La riqueza;
La pobreza
Santidad:
Dios á veces
Es mendigo,
Y al avaro
Da castigo,
Que le niegue
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mias sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.
«Mio es el mundo: como el aire libre....

Mal revuelto y andrajoso,
Entre harapos
Del lujo sátira soy,

Y con mi aspecto asqueroso
Me vengo del poderoso,
Y á donde va, tras él voy.

Y á la hermosa
Que respira
Cien perfumes,
Gala, amor,
La persigo
Hasta que mira,
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,
Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi voz:

Mostrando cuan cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena

Que no transpire en medio del placer.
«Mio es el mundo: como el aire libre....

Y para mí no hay *mañana*,
Ni hay *ayer*;
Olvido el bien como el mal,
Nada me aflige ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.

Vivo ageno
De memorias,
De cuidados
Libre estoy;
Busquen otros
Oro y glorias,
Yo no pienso
Sino en hoy.
Y dó quiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes den;
Yo soy pobre,
Y al mendigo,
Por el miedo
Del castigo,
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar.

«Mio es el mundo: como el aire libre,
»Otros trabajan porque coma yo:
»Todos se ablandan si doliente pido
»Una limosna por amor de Dios.»

EL REO DE MUERTE.

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!!!

I.

Reclinado sobre el suelo
Con lenta amarga agonía,
Pensando en el triste dia
Que pronto amanecerá;
En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al mísero reo,

Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad.
¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor ó de amargura?
¡Ay! á aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un jóven, y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazon en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme á su lado,

Y que, ya viejo y postrado,
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor á deshora
Rompe el silencio? resuena
Una alegre cantilena
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan, el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y tambien pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

Y la voz de los borrachos,
Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desórden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de lejos arrojadas
De la mansion infernal.
Y tambien pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

¡Maldicion! al eco infausto,
El sentenciado maldijo
La madre que como á hijo
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago dia
Y la hora en que nació.

II.

Serena la luna
Alumbra en el cielo,
Domina en el suelo
Profunda quietud;
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el mísero que espera
Para morir, despertar:

Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:
¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

¡Y el juez tambien en su lecho
Duerme en paz!! ¡y su dinero
El verdugo, placentero,
Entre sueños cuenta ya!!
Tan solo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo
El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida:
Recuerda
Y olvida,
Suspira,

Respira
Con hórrido afan.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frio,
Y en su horrible desvarío
Palpa en su cuello el dogal;
Y cuanto mas forcejea,
Cuanto mas lucha y porfia,
Tanto mas en su agonía
Aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá:
¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La mujer que á un tiempo amó,
Bella y dulce cual solia,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el abril galan mimó.

Y gozoso á verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano

Su esperanza á realizar,
Su ilusion la desvanece
De repente el sueño impío,
Y halla un cuerpo mudo y frio
Y un cadalso en su lugar:
Y oye á su lado en son triste
Lúgubre voz resonar:
¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!

EL VERDUGO.

De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fuí,
Y se evitan de odiarse á sí mismos,
Fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
Al poner en mi mano, me hicieron
Su vengador;
Y se dijeron:
«Que nuestra vergüenza comun caiga en él:
Se marque en su frente nuestra maldicion;
Su pan amasado con sangre y con hiel,
Su escudo con armas de eterno baldon
Sean la herencia
Que legue al hijo,
El que maldijo
La sociedad.»
¡Y de mí huyeron,
De sus culpas el manto me echaron,
¡Y mi llanto y mi voz escucharon
Sin piedad!!!

Al que á muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo,
Imaginan los hombres tal vez?
¡Y ellos no ven
Que yo soy de la imágen divina
Copia tambien!
Y cual dañina
Fiera á que arrojan un triste animal,
Que ya entre sus dientes se siente crujir,
Asi á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.
Y ellos son justos,
Yo soy maldito,
Yo sin delito
Soy criminal:
Mirad al hombre
Que me paga una muerte; el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
¡A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
Y del reo el histérico *¡ay!*
Y el crujir de los nervios rompidos
Bajo el golpe del hacha que cae,
Son mi placer.
Y al rumor que en las piedras rodando
Hace, al caer,

Del triste saltando
La hirviente cabeza de sangre en un mar,
Allí entre el bullicio del pueblo feroz
Mi frente serena contemplan brillar,
Tremenda, radiante con júbilo atroz.
Que de los hombres
En mí respira
Toda la ira,
Todo el rencor:
Que á mí pasaron
La crueldad de sus almas impía,
Y al cumplir su venganza y la mia,
Gozo en mi horror.

Ya mas alto que el grande que altivo
Con sus plantas hollara la ley,
Al verdugo los pueblos miraron,
Y mecido en los hombros de un Rey:
Y en él se hartó,
Embriagado de gozo, aquel dia
Cuando espiró;
Y su alegría
Su esposa y sus hijos pudieron notar;
Que en vez de la densa tiniebla de horror,
Miraron la risa su labio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
Con su encono

Sobre el trono
Se asentó:
Y aquel pueblo
Que tan alto le alzara bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En el miró.

En mí vive la historia del mundo
Que el destino con sangre escribió,
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.
La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento
En mí todavia contempla existir;
Y en vano es que el hombre dó brota la luz
Con viento de orgullo pretenda subir:
¡Preside el verdugo los siglos aún!
Y cada gota
Que me ensangrienta,
Del hombre ostenta
Un crimen mas.
Y yo aun existo,
Fiel recuerdo de edades pasadas,
Á quien siguen cien sombras airadas
Siempre detrás.

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mio, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil.
¡Ay! tu candor,
Tu inocencia, tu dulce hermosura
Me inspira horror.
¡Oh! ¿tu ternura,
Muger, á qué gastas con ese infeliz?
¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;
Ahógale y piensa será así feliz.
¿Qué importa que el mundo te llame cruel?
¿Mi vil oficio
Querrás que siga,
Que te maldiga
Tal vez querrás?
Piensa que un dia
Al que hoy miras jugar inocente,
¡Maldecido cual yo y delincuente
Tambien verás!!!!!

ASUNTOS HISTORICOS.

A LA MUERTE

DE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Helos allí: junto á la mar bravía
Cadáveres estan ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.
Ansia de patria y libertad henchia
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado dia.
Españoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,
Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

A LA MUERTE

DE

DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA).

Desde la elevada cumbre
Do el gran Pirene levanta
Término y muro soberbio
Que cerca y defiende á España,
Un jóven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde allí su patria,
Desde allí do á su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,
De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara;

Solo entonces, contemplando
El suelo que ellos pisaran
Y que aun torrentes de sangre
Recien derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y almas;
Se sienta en la alzada cima,
A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracan que brama,
Negra cítara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad:
Y vosotros ¡oh nobles guerreros,
De la patria sosten y esperanza!
Abrasados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VÍRGENES.

«Danos, noche, tu lóbrego manto,
Nuestras frentes enlute el ciprés;
El robusto cayó: su sepulcro
Del inicuo mancharon los pies.»

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odioso
En su lago su sed abrevó.
Cayó en ellas la gloria de España,
Cayó en ellas Depablo valiente,
Y la patria inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varon.
Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,
Mientras ruje en la fúnebre losa,
Aherrojado á sus pies, el leon.

CORO DE MANCEBOS.

«Traicion solo ha vencido al valiente;
Sénos astro de triunfo y de honor,
Tú, que siempre á los déspotas fuiste
Como á negras tormentas el sol.»

DESPEDIDA

DEL PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APOSTATA.

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz mas amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,

Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imágen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!

»¿Por qué al nacer crüeles me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura?

»¿Por qué yo fuí por mi fatal destino
Unido á tí desde la tierna cuna?
¿Por qué nos hizo iguales en riqueza
Y en linage tambien mi desventura?

»¿Por qué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mútua
Ambos tejimos el infausto lazo
Que nuestras almas míseras anuda?

»¡Ah! para siempre adios: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusion de la esperanza,
Y es vano amar sin esperanza alguna.

»¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

»Vil sumision, y en sórdida avaricia
Vende su patria á las riquezas turcas.
Él apellida sacrosantas leyes
El capricho de un déspota; él nos juzga

»De rebeldes do quier: su voz comprada
Culpa á su patria y al tirano adula:
Él nos ordena ante el sultan odioso
Humilde miedo y obediencia muda.

»Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazon circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

»No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes rüinas, áridas llanuras,
Cadáveres no mas serán su imperio:
Será solo el señor de nuestras tumbas.

»Ya osan ser libres los armados brazos
Y ya rompen la bárbara coyunda;
Y con júbilo á tí, todos ¡oh muerte!

Y á tí, divina libertad, saludan.

»Gritos de triunfo, sacudido el viento
Hará que al éter resonando suban,
Ó eterna muerte cubrirá á la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.

»Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.

»Con rabia oirá de libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.

»Y tu padre tambien, si ora impudente
Só el poder del Islam su patria insulta,
Pronto verá cuán formidable espada
Blande en la lid la libertad sañuda.

»Marcha y dile por mí que hay mil valientes,
Y yo uno de ellos, que animosos juran
Morir cual héroes ó romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.

»Que aunque marcados con la vil cadena,

No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres
Las hace hervir aún: que nuestra furia

»Nos labrará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que solo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,

»El alma de un apóstata que indigno
Llega sus labios á la mano impura,
Que de caliente sangre reteñida,
Nuevos destrozos á su patria anuncia.

»Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

»Pasado hubieran tan dichosos dias!
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!
¡Cómo entonces mi mano enjugaria
Las lágrimas que viertes de amargura!

»Tu padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
Cuando la Grecia la servil coyunda
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura

»De la alma libertad, pensó el inicuo
Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traicion inmunda,

»Y desolar mi patria le ofrecia.
¡Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultan!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra,

»Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.
¡Ah! para siempre á Dios: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,

»Y va á arrancar tu corazon del mio,
Tan solo ahora una esperanza endulza.
Yo te hallaré donde perpetuas dichas
Las almas de los ángeles disfrutan.

»¡Ah! para siempre á Dios... tente... un momento...
Un beso nada mas.... es de amargura....
Es el último ¡oh Dios!.. mi sangre hiela...
¡Ah! los martirios del infierno nunca

»Igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminara la muerte aquí mi angustia,
Y aun muriera feliz! Mis ojos quema

Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas!

»¡Quién resistir podrá!—Basta; la hora
Se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido
Suavizando el rigor de la fortuna,

»La imágen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!»

Dice, y se alejan: á esperar consuelo
La hija del Apóstata en la tumba;
Él batallando pereció en las lides,
Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

¿Oís? es el cañon. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañon venciendo,
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacía,
Arrogante en valor, omnipotente,
Terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento,
Y al aire miro deslumbrar espadas,
Y desplegar banderas;
Y retumban al son las escarpadas
Rocas del Pirineo;
Y retiemblan los muros
De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando;
Brilla en los rostros el marcial contento,

Y donde quiera generoso acento
Se alza de PATRIA y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos
Y al mundo proclamemos:
«España es libre ya.»
¡Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas teñidos
Reir los foragidos,
Gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan solo ponga
Su muerte á la contienda,
Y cada golpe encienda
Aun mas nuestro rencor.
¡Oh siempre dulce patria
Al alma generosa!
¡Oh siempre portentosa
Mágia de libertad!
Tus ínclitos pendones
Que el español tremola,
Un rayo tornasola
Del íris de la paz.
En medio del estruendo

Del bronce pavoroso,
Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito que las almas
Inunda de alegría,
Tu nombre que á esa impía
Caterva hace temblar.
¿Quién hay ¡oh compañeros!
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir?
Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las armas despedir.
¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos rios,
Y atónito contemple el Occéano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.

Truene el cañon: el cántico de guerra,
Pueblos ya libres, con placer alzad:
Ved, ya desciende á la oprimida tierra,
Los hierros á romper, la libertad. (1)

(1) Estos versos se leyeron en una funcion patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz en 22 de Octubre de 1835.

A LA PATRIA.

ELEGIA.

¡Cuán solitaria la nacion que un dia
Poblara inmensa gente!
¡La nacion cuyo imperio se estendia
Del Ocaso al Oriente!
Lágrimas viertes, infeliz ahora,
Soberana del mundo,
¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!
Oscuridad y luto tenebroso
En tí vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.
No perdonó lo hermoso, patria mia;
Cayó el jóven guerrero,

Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.
Só la rabia cayó la vírgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.
¡Oh vosotros, del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?
Yo desterrado de la patria mia,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron; mas traidora saña
Desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:

A sus ojos caidos tristemente
El llanto está agolpado.
Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.
Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la vírgen amedrenta,
Su voz las aterraba.
Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.
Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre yerba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brio
Burla y goza en su pena.
Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento:
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.
Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Londres 1829.

SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa;
Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría;
Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia.

A UNA ESTRELLA.

¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazon latir?

¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creiste
Eterna tu ventura que pasó?

Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.

Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Eden,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.

Y era tu luz voluptüosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma un ansia eterna
De amor perpétuo y de placer sin fin.
Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Solo un recuerdo al corazon quedó.
Y ahora meláncolico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar:
Si amor aún al corazon inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te ví
Resplandecer en mi frente,
Cuando palpitar sentí
Mi corazon dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucia
Con mas brillante fulgor,
Mientras yo me prometia
Que jamás se apagaria
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante

¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
Brillaste y en mi ilusion
Yo aquel esplendor te dí,
Que amaba mi corazon,
Lucero, cuando te ví?

Una mujer adoré
Que imaginara yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusion la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasias,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusion
Para nunca mas tornar,
Y pasaron,
Y solo en mi corazon
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste
Tambien tu puro fulgor,
Y lloraste;
Tambien como yo sufriste,
Y el crudo arpon del dolor
¡Ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura
Para hallar
Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?

Pero tu conmigo lloras,
Que eres el angel caido
Del dolor,
Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto:
Pues nuestra gloria pasó
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente:
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe!... tú recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor,
A tí tal vez te anunciará tu ocaso
Un Oriente mas puro que el del sol.

A mí tan solo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusion,
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazon.

Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
Ni me importa salvarme ó zozobrar.

A JARIFA EN UNA ORGIA.

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y pósala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde aun los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusion de niño
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos; aturdida
Sin sentir huya la vida;
Paz me traiga el ataud.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el csrazon.
Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mia,
Y tu mano siento fria,
Y tus besos hielos son,

¡Siempre igual! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
Ó maldito sea el placer.
Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestra ternura
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay;
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fátuo, falso guia
Que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,
Y vive aun para el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma,
Siento en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento estraño y vago,
Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aun fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira?
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
Necio tal vez mi corazon delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,
Halla desiertos áridos y abrojos,
Y en sus sandios ó lúbricos amores
Fastidio solo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasía:
Dó quier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creia.

Yo me lanzé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la region etérea,
Y hallé la duda, y el radiante cielo

Vi convertirse en ilusion aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria,
Busqué con ansia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusion desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo:
Palpé la realidad y odié la vida;
Solo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso,
Y aun deleites el alma finje y quiere:
Pregunto y un acento pavoroso
«¡Ay! me responde, desespera y muere.

«Muere, infeliz: la vida es un tormento.
Un engaño el placer: no hay en la tierra
Paz para tí, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambicion y eterna guerra.

«Que así castiga Dios el alma osada,

Que aspira loca en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
Ver mas, ni saber ya nada:
Harta mi alma y postrada,
Solo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad:
Nacaradas imágines de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusion;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmover ni herir mi corazon.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festin,
Y huya la noche y me sorprenda el dia
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuan amarga es mi afliccion.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienes....
Tú tambien, como yo, tienes
Desgarrado el corazon.

CUENTO.

EL ESTUDIANTE

DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros sus brios,
Sus prenáticas su voluntad.
QUIJOTE.—*Parte primera.*

Era mas de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrego envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas
Vagan, y ahullan los perros

Amedrentados al verlas:
En que tal vez la campana
De alguna arruinada iglesia
De misteriosos sonidos
Da maldicion y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
No vislumbraba una estrella,
Silvaba lúgubre el viento,
Y allá en el aire, cual negras
Fantasmas, se dibujaban
Las torres de las iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta ó reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo en fin á media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tormes, fecundo rio,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustres varones,
Noble archivo de las ciencias.

Súbito rumor de espadas,
Cruje y un ¡ay! se escuchó;
Un ay moribundo, un ay
Que penetra el corazon,
Que hasta los tuétanos hiela
Y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
Pronuncia el último á Dios.

El ruido
Cesó,
Un hombre
Pasó
Embozado,
Y el sombrero
Recatado
A los ojos
Se caló.
Se desliza
Y atraviesa
Junto al muro
De una iglesia,
Y en la sombra
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
La calle del Ataud,
Cual si de negro crespon

Lóbrego eterno capuz
La vistiera, siempre oscura
Y de noche sin mas luz
Que la lámpara que alumbra
Una imágen de Jesus,
Atraviesa el embozado
La espada en la mano aún,
Que lanzó vivo reflejo
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
Con franjas de plata bordarla en redor,
Y luego si el viento la agita, la sube
Disuelta á los aires en blanco vapor:

Asi vaga sombra de luz y de nieblas,
Mística y aérea dudosa vision,
Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas,
Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,

La calle sombría, la noche ya entrada,
La lámpara triste ya pronta á espirar,
Que á veces alumbra la imágen sagrada
Y á veces se enconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
Y acaso se acerca con rápido pié,

Y acaso en las sombras tal vez desparece,
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al mas temerario corazon de acero
Recelo inspirara, pusiera pavor;
Al mas maldiciente feroz bandolero
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aun sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada;
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor:
Siempre el insulto en los ojos,
En los lábios la ironía,
Nada teme y todo fia
De su espada y su valor,

Corazon gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado

La muger que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafio,
Ni turbó jamás su brio
Recelosa prevision.
Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impías,
Un chiste á una maldicion

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;
Fueros le dá su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar:

Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Felix de Montemar.

Bella y mas pura que el azul del cielo
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Ángel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un dia,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazon se abria,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentia,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ageno
De que oculto en la miel, hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
Mas descuidado el candoroso infante,
Que ella en los falsos lisonjeros lazos,

Que tege astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusion divina.

Que el alma vírgen que halagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta á todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante á la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, á las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Felix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida;
Fueron sus ojos á los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
Cuando su voz escucha embebecida,
Embriagada del dios que la enamora,
Dulce le mira, estática le adora.

PARTE SEGUNDA.

..... Except the hollow sea 's,
Mourns o' er the beauty of the Cyclades.
BYRON.—*D. Juan. Canto 4.° —*

Está la noche serena
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero: su alba frente
Tímida apenas levanta,

Y el horizonte ilumina,
Pura vírgen solitaria,
Y en su blanca luz süave
El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo

Fúlgida cinta de plata
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez se aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,
Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman:
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
Ora suspira, y se para:
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla; es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardin recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se para.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua,

No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó.....
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraida tú arrancas,

¿Sabes á dónde infeliz
El viento las arrebata?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusion y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡Pobres flores de tu alma!!

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caidas
Juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon!

¡El corazon sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrio,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,

Y á lo lejos un navío
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusion,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones, que aumenta
Rica la imaginacion.

Tú eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura:
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aun deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razon un tormento,
Y vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó:
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirara allí:
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreir.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nublo que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna,
Y al margen va del argentado rio,
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otras rápidas pasar,

Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica cancion,
Cancion que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazon.

¿Qué me valen tu calma y tu terneza
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmais del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?
¿Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasion que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.
.....
.....
.....
.....

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendicion, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del dia,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impia.

Una ilusion acarició su mente:
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusion su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud:
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el atahud.

Mas despertó tambien de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus pies la sepultura,
Volvió á su mente la razon perdida.

¡La razon fria! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!..

¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oido:
Él es, don Felix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
A Dios: ni amor ni compasion te pido...
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah! para siempre á Dios. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oida,
Éstasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la ilusion querida
Que para siempre ¡mísera! perdí...
¡Ya todo huyó, despareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

«Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mia,

Imágenes de amor encantadoras,
Que aun vienen á halagarme en mi agonía.
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre; mi postrero dia
Ha llegado: perdon, perdon, ¡Dios mio!
Si aun gozo en recordar mi desvarío.

»Y tú, don Felix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura;
Piensa estan hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura:
Estos renglones compasivo mira;
Y olvida luego para siempre á Elvira.

»Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, ¡amor otras mujeres!
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpite exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

»A Dios por siempre, á Dios: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor: mi vista errante

Vaga desvanecida... calma luego,
¡Oh muerte mi inquietud!... ¡Sola... espirante!...
Ámame: no, perdona: ¡inútil ruego!
A Dios, á Dios ¡tu corazon perdí!
—¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Asi escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
Dó los ángeles moran... Tristes flores
Brota la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sáuce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

Sarg. ¿Teneis mas que parar?
Franco. Paro los ojos.
.....
Los ojos sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.
MORETO.—*San Franco de Sena.*

PERSONAS.

D. FELIX DE MONTEMAR.
D. DIEGO DE PASTRANA.
SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres estan,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afan:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamás
Otro ruido que el del oro,
Ó una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido
Se escucha del huracan,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aun no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido:
¡Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No jureis,
Que aun no estais en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mia.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Y como cuánto perdeis!

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero
Que don Felix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¡Qué sé yo!
No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Envido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada,

Y el aspecto varonil:
Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,
Con airoso continente
Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO.

(*Al que entra.*)
D. Felix, á buena hora
Habeis llegado.

D. FELIX.

¿Perdísteis?

JUGADOR PRIMERO

El dinero que me dísteis
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

D. Felix de Montemar
Debe perder. El amor
Le negara su favor
Cuando le viera ganár.

D. FELIX *(con desdén)*.

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.
(Al corro con altivez.)
Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.
(Quítase una cadena que lleva al pecho.)

JUGADOR TERCERO.

Alta poneis la tarifa.

D. FÉLIX *(con altivez)*.

La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,
Decid.
(Al corro.)
Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO *(aparte)*.

¿Y hay quién sufra tal afrenta?

D. FELIX.

Entre cinco están hallados.

A cuatrocientos ducados
Os toca, segun mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.

(Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.)

Una, dos....

(Al perdidoso.)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡el as! aquí está.

JUGADOR PRIMERO.

Ya ganó.

D. FELIX.

Suerte teneis.
A un solo golpe de dados
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO *(á D. Felix)*.

Los perdeis.

D. FELIX.

Perdida tengo yo el alma
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad.

D. FELIX.

Al primer embite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FELIX.

Tened calma:

Que os juego mas todavía,
Y en cien onzas hago el trato,
Y os llevais este retrato
Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO.

¿En cien onzas?

D. FELIX.

¿Qué dudais?

JUGADOR PRIMERO *(tomando el retrato).*

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FELIX.

¿Quereis pararlas?

JUGADOR TERCERO.

Las paro.

Mas ganaré.

D. FELIX.

Si ganais *(se registra todo)*,
No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO *(mirando el retrato)*.

Si esta imágen respirára.....

D. FELIX.

A estar aquí la jugara
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FELIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por don Felix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta mas. Esperad,
No tireis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego
Por don Felix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¿Tiro?

D. FELIX.

Tirad con sesenta
De á caballo.

(*Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados.*)

JUGADOR CUARTO.

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos
Nos lleven!

D. FELIX (*con calma al* PRIMERO).

¡Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido!
Encomendadme otra vez,
D. Juan, al diablo; no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

D. Felix, habeis perdido
Solo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FELIX.

¿Cuánto diérais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida.

D. FELIX.

No la quiero.
Mirad si me dais dinero,
Y os la llevais.

JUGADOR TERCERO.

¡Buena fama
Lograreis entre las bellas,
Cuando descubran altivas
Que vos las haceis cautivas,

Para en seguida vendellas!

D. FELIX.

Eso á vos no importa nada.
¿Quereis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FELIX *(con cólera)*.

Vos hablais con demasiada
Altivez é irreverencia
De una mujer... ¡y si no!...

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FELIX *(sosegado)*.

Sobre mi palabra os juego

Mil escudos.

JUGADOR TERCERO.

Van tirados.

D. FELIX.

A otra suerte de esos dados;
Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida,
Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero:
Vibrale al rostro el corazon enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.
Encubierta fatídica figura.—
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazon.
Junto á don Felix llega... y desatento
No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;
Y en pié y delante de él y el ojo atento,

Con iracundo rostro le examina.
Miró tambien don Felix al sombrío
Huésped que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frio
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FELIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz
Se ha escapado,—el que se tapa—
Que entre el sombrero y la capa
Se os vé apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, don Felix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FELIX.

(Al tercer jugador sin hacer caso de D. Diego.)
Perdísteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí. La fortuna
Se trocó: tiro y van dos.
(Vuelven á tirar.)

D. FELIX.

Gané otra vez.
(Al embozado.) No he entendido
Qué dijísteis, ni hice aprecio
De si hablásteis blando ó recio
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FELIX.

Podeis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aqui os envia
Para hacer mi conversion,
No desprecieis la ocasion
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolucion.

D. DIEGO *(desembozándose con ira)*.

Don Felix, ¿no conoceis

A don Diego de Pastrana?

D. FELIX.

A vos no, mas sí á una hermana,
Que imagino que teneis.

D. DIEGO.

¿Y no sabeis que murió?

D. FELIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabeis su historia,
Y quien fué quien la mató.

D. FELIX *(con sarcasmo)*.

¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentís vos!

D. FELIX.

Calma, don Diego,
Que si vos os morís luego,
Es tanta mi desventura,
Que aun me lo habrán de achacar,
Y es en vano ese despecho.
Si se murió, á lo hecho, pecho,
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
Ó echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,
El corazon arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfaccion muy ligera,
Y os diera mil si pudiera
Y os las quitara despues.
Jugo á mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas

Basta mi sed á calmar.
¡Villano!

(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.)

TODOS.

Fuera de aquí
A armar quimera.

D. FELIX *(con calma levantándose).*

Tened,
D. Diego, la espada, y ved
Que estoy yo muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frio
En mi colérico brio
Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO.

(Con furor reconcentrado y con la espada desnuda.)

Salid de aquí; que á fe mia,
Que estoy resuelto á mataros,
Y no alcanzara á libraros
La misma vírgen María.
Y es tan cierta mi intencion,
Tan resuelta está mi alma,

Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolucion.
Venid conmigo.

D. FELIX.

Allá voy;
Pero si os mato, D. Diego,
Que no me venga otro luego
A pedirme cuenta. Soy
Con vos al punto. Esperad
Cuente el dinero.... *uno... dos...*
(A D. Diego.)
Son mis ganancias; por vos
Pierdo aquí una cantidad
Considerable de oro
Que iba á ganar... ¿y por qué?
Diez... quince... por no sé qué
Cuento de amor... ¡un tesoro
Perdido!... voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate:
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andais y cobarde
Y hablador en demasía.

D. FELIX.

D. Diego, mas sangre fria:
Para reñir nunca es tarde.
Y si aun fuera otro el asunto,
Yo os perdonara la prisa:
Pidiérais vos una misa
Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO.

¡Mal caballero!...

D. FELIX.

D. Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa:
La ví, me amó, creció el fuego,
Se murió, no es culpa mia;
Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en dia.

D. DIEGO.

¿Estais pronto?

D. FELIX.

Están contados.
Vamos andando.

D. DIEGO.

¿Os reís?
(Con voz solemne.)
Pensad que á morir venís.

D. FELIX. *(Sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia.)*

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores.

JUGADOR PRIMERO.

Este D. Diego Pastrana
Es un hombre decidido.
Desde Flandes ha venido
Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate!
Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quién sabe? acaso la suerte.....

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La proteccion de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.*)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST; CARO VERO INFIRMA.

(*S. Marc. Evang.*)

Vedle, D. Felix es, espada en mano,
Sereno el rostro, firme el corazon,
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparicion le espanta,
Ni le turba la imágen de Jesus.

La moribunda lámpara que ardia

Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los pies el Montemar osado
En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andado,
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el ímpio jura,
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatídica figura
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
Con mas asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira:

Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
Ó del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastara,
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas órgias intentara.

«Dios presume asustarme: ¡ójala fuera
»Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
»Que entonces, vive Dios, quién soy supiera,
»El cornudo monarca del abismo.»

Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió:
Y una mujer velada en blanco traje,

Ante la imágen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impío,
«Gracias á Dios ó al diablo:» y con osada,
Firme intencion y temerario brio,
El paso vuelve á la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imágen, la devota dama,
Mas si él se pára, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima, derrama

De sus ojos inmóviles la imágen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira.
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesus Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara dó alumbra la imágen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino

Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié.

Empero un momento creyó que veia
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traia
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamás la razon.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se vé,
Y cual si pisára mullidas alfombras,
Deslízase leve sin ruido su pié.

Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de lejos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.

Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razon.

D. FELIX.

«¡Qué! ¿sin respuesta me deja?
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?... ¡Chasco seria!

En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no:
He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.

Y he de saber dónde vais
Y si sois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamais.
Y aun cuando imposible sea,

Y fuérais vos Satanás
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detras

Hemos de entrar, ¡vive Dios!
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos:

Y perdonadme, señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora:

Y me va en ello mi fama,
Que juro á Dios no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oido,
Pero que punzante rasga el corazon;

Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus alas Silfide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un dia
La dicha que eterna creyó el corazon,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía

En un mar sin playas muriendo quedó!...

¡Y solo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno su dolor crüel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante mas fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió,

Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió!!...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa como huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer;

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,

No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!!

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡Ay! el que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas loco le arrancó...

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado...!
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamara angustiado,
Las horas que huyeron y no tornarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras contó sin dormir
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;

Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazon;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,
Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Rebentando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afan...;

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Única respuesta que á don Felix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FELIX.

«Si buscais algun ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero ó miente ese recato,
Ó vos sufrís el mal trato
De algun celoso marido.

¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistis en tal porfia;
Con los mudos, reina mia,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de süave melodía
El estudiante oyó que parecia
Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer aun pura.

»Para mí los amores acabaròn:
»Todo en el mundo para mí acabó:
»Los lazos que á la tierra me ligaron,
»El cielo para siempre desató,»

Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusion traia,
Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fria.

Montemar, atento solo á su aventura,
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme.—Mirad ¡qué reparo!
—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me amparo.
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.—

—Siento me enamora mas vuestro despego,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
—Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, D. Felix, delirios mundanos.—
—¡Hola, me conoce!—¡Ay! temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos

En penas eternas!—Basta de sermon,

Que yo para oirlos la Cuaresma espero;
Y hablemos de amores, que es mas dulce hablar:
Dejad ese tono solemne y severo,
Que os juro, señora, que os sienta muy mal:

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella tambien el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
Ó en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mio!—
La figura fatídica esclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente D. Felix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa

Noche borrascosa,
Maldecida bruja,
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad;
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre son
Arrulla su sueño
Bramando Aquilon.

Y una calle y otra cruzan,
Y mas allá y mas allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar,
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atras,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á dó camina,
Ni acierta ya dónde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,

Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas
Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos,
Que en la tierra, en desigual,
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compas:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal,
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y desparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,

Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De estraño empuje llevado
Con precipitado afan;
Entretanto que su guia
Delante de él sin hablar,
Sigue misteriosa, y sigue
Con paso rápido, y ya
Se remonta ante sus ojos
En alas del huracan,
Vision sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendabal:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad;
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,

Y jura, y siguen andando
Ella delante, él detrás.

«¡Vive Dios! dice entre sí,
Ó Satanás se chancea,
Ó no debo estar en mí,
Ó el Málaga que bebí,
En mi cabeza aun humea.

»Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compas de tal concierto.

»Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué á ver,
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

»¿Y esta mujer quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¿A mí qué diantre me dá?
Y mas que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.

»Noble señora, imagino

Que sois nueva en el lugar:
Andar así es desatino:
Ó habeis perdido el camino,
Ó esto es andar por andar.

»Ha dado en no responder,
Que es la mas rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura.»

En tanto D. Felix á tientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene
A compas marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso son,

Llegó de D. Felix luego á los oidos,
Y luego cien luces á lo lejos vió,

Y luego en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venian,
Y luego mas cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,
Cuando todo anuncia que habrá de morir

Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien como D. Felix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pie, indiferente
El féretro mira D. Felix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno D. Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él!...

Él mismo, su imágen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:
Y duda, y se palpa y fria pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazon.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

«Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan á enterrar?»

—Al estudiante endiablado
D. Felix de Montemar,—
Respondió el encapuchado.

—»Mientes, truhan.—No por cierto.—
—Pues decidme á mí quien soy,
Si gustais, porque no acierto
Como á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

—»Yo no os conozco.—Pardiez,
Que si me llego á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcas ya á Montemar.

»¡Villano!.... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspies.

»¡El fanfarron de D. Diego!
De sus mentiras reniego,
Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fue luego
Contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió:
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

«Con que en fin, ¿dónde vivís?
Que se hace tarde, señora.
—Tarde, aun no; de aquí á una hora
Lo será.—Verdad decís,
Será mas tarde que ahora.

»Esa voz con que haceis miedo,
De vos me enamora mas:
Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

—»Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
D. Felix. ¿Y no temblais,
Y el corazon no os advierte
Que á la muerte caminais?»

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus pies la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes:
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló: mano á la espada
Puso y la sombra intrépido embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada;
Solo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo,
Y en él creciendo el infernal anhelo,
Con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acábese por fin tanto embolismo.

»Que de tanto sermon, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy:
Nada mi firme voluntad quebranta,

Sabed en fin qne donde vayais, voy.

»Un término no mas tiene la vida:
Término fijo; un paradero el alma:
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron:
Y tras la dama el estudiante entró:
Ni pajes ni doncellas acudieron:
Y cruzan á la luz de unas bujías
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la vision como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido:
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante, y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcian,
Y en torno en movimientos desiguales

Las sombras se alejaban ó venian:
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estatuas se veian,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve borrascoso viento.
En un silencio aterrador y frio
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuchó: callado,
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huida;
Ellas solas y tristes moradoras
De aquella negra, funeral guarida,
Cual soñada fantástica quimera,
Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan lejos, cual carbones rojos,
Y espantaran la misma valentía:

Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansion sombría,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandïosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina:
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su límite á la cárcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los lábios, y la vista osada:
Y el rumor que sus pasos van formando,

Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detrás,
Repiten con monótono compás.

Y aquel estraño y único rüido
Que de aquella mansion los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena:
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro,
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusion descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana,
La sola imágen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guia
De la alma dicha la ilusion parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece:
Blanca, flotante nube, que en la umbría
Noche, en alas del céfiro se mece,

Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento:

Humo süave de quemado aroma
Que al aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los pies al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica vision del blanco velo:
Imágen fiel de la ilusion dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guia,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veia
Suspendida en el aire y con violento,

Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se estiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil desciende,
Y envuelto en el violento torbellino,
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silvos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sándia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente para,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pie se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y alredor miró,
Y al pié de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafía
Con firme pecho y decision segura:
A la blanca vision su planta guia,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus pies Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento.

«Diablo, mujer ó vision,
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansion,
Eres puro desatino
Ó diabólica invencion:

»Si quier de parte de Dios,
Si quier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí á los dos?
Decidme en fin ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quién hablo:

»Que mas que nunca palpita
Resuelto mi corazon,
Cuando en tanta confusion,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razon

»Que un poder aquí supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado,
Esta aventura al estremo.»

Fúnebre
Llanto
De amor,
Óyese

En tanto
En son

Flebil, blando,
Cual quejido
Dolorido
Que del alma
Se arrancó:
Cual profundo
¡Ay! que exhala
Moribundo
Corazon.

Música triste,
Lánguida y vaga,
Que á par lastima
Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,
Como el murmullo
De algun recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazon.

Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentando va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracan,
Que apenas la copa
Del arbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rujido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad

Y en rápido *crescendo*,
Los lúgubres sonidos
Mas cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas
Que retumbando vá,
Cual rujen las entrañas
De horrísono volcan.

Y algazara y gritería,
Crugir de afilados huesos,
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos,
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento
Separando sus junturas
Irse poco á poco abriendo,

Siente Montemar, y el ruido
Mas cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rujir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorumpir en lamentos:

Toda en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó:
Sintió; removidas las tumbas,
Crugir á sus pies con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansion,
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo rüido
Cien espectros alzarse miró:
De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él;

Y despues entre sí se miraron,
Y á mostrarle tornaron despues;
Y enlazadas las manos siniestras,
Con dudoso, espantado ademan
Contemplando, y tendidas sus diestras
Con asombro al osado mortal,
Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmóvil, irónica mueca
Inclinaron, formando enredor.

Y entonces la vision del blanco velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galbánica, cruel, nerviosa y fria,
Histérica y horrible sensacion,
Toda la sangre coagulada envia
Agolpada y helada al corazon....

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
De ella apartó su mano Montemar,
Y temerario alzándola á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!! los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte halló!!

Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!!

Y ella entonces gritó, *¡Mi esposo!!* ¡Y era
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera,
La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aun brotando sangre de su corazon;

Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha tambien Montemar:
—«Al fin la palabra, que dísteis, cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

Mi muerte os perdono.—Por cierto, D. Diego,
Repuso D. Felix tranquilo á su vez,
Me alegro de veros con tanto sosiego,
Que á fé no esperaba volveros á ver.

En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venísme á ofrecer:
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
Mas no se os figure que os quiera ofender:

Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.

Mas antes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel:

Cualquiera ó entrambos con su corte toda,
Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mi boda....
Hermano D. Diego, ¿no pensais asi?

Tal dijo D. Felix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademan
Miradas audaces de altivo desdeño,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El carïado, lívido esqueleto
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad:
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla,
Junta y refriega, repugnante faz.

Y él envuelto en sus secas coyunturas,
Aun mas sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor:
Pugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuanto mas airado forcejea,
Tanto mas se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,
Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante á un ahullido una voz:
Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amó:
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.

Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz:
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites y sea
La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética
Que en raudo giro se agita,
Más cada vez precipita
Su vértigo sin ceder;
Más cada vez se atropella,
Más cada vez se arrebata,
Y en círculos se desata
Violentos mas cada vez:

Y escapa en rueda quimérica,

Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres ahullidos
Que pavorosos se estienden,
Los aires rápidos hienden
Mas prolongados aún.

Y á tan continuo vértigo
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto
Entre caricias mil:

Jamas vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle, Montemar;
Y á par que mas su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca, vil materia
Comienza á desmayar.

Y siente un confuso,
Loco devaneo,

Languidez, mareo
Y angustioso afan:
Y sombras y luces,
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.

Y luego á lo lejos,
Flébil en su oido,
Eco dolorido,
Lánguido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:

Y siente luego
Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados,
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho,
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.

Y vió luego
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró.

Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,

Leve,
Breve
Son.

En tanto en nubes de carmin y grana
Su luz el alba arrebolada envia,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente dia:
Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, trasparente y fria,

Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huian
Sus sombras y quiméricas mujeres,
Y á su silencio y calma sucedian
El bullicio y rumor de los talleres:
Y á su trabajo y á su afan volvian
Los hombres y á sus frívolos placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Habia en fin por Montemar venido!!...
Y si, lector, dijerdes ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

INDICE.

Ensayo épico.

Pág.

Fragmentos de un poema titulado el Pelayo. 5

Poesías líricas.

Serenata. 68
A una dama burlada. 71
A la noche, romance. 73
El pescador. 79
Oscar y Malvina. 83
El combate. 88
Al sol, himno. 91

Canciones.

La cautiva. 97
Cancion del pirata. 101
El canto del cosaco. 107
El mendigo. 113
El reo de muerte. 119
El verdugo. 127

Asuntos históricos.

A la muerte de Torrijos y sus compañeros. . . 133
A la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalangarra). 135
Despedida del patriota griego de la hija del apóstata. 139

¡Guerra! 147
A la patria, elegia. 151
Soneto. 155
A una estrella. 157
A Jarifa en una orgia. 163

Cuento.

El estudiante de Salamanca. 171

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
162	9	Ni	No
164	9	son,	son.
Id.	15	ternura	ternuras:
172	5	De	Da
Id.	6	Da	De
174	22	enconde	esconde